

Museo Euskal Herria. Nestor Basterretxea "A mis 84 años estoy atravesando una de las etapas de mi vida de mayor creatividad artística"

A sus 84 años sigue trabajando frenéticamente. Coincidiendo con la exposición del Museo de Euskal Herria de las obras que realizó en torno al bombardeo de Gernika, el genial artista bermeotarra hace un repaso de su experiencia vital y de su creación artística hondarribia.

Nestor Basterretxea nos recibe en su caserío Idurmendieta, en Hondarribia, ' la casa que le busqué a Jorge Oteiza para que se quedara en Gipuzkoa y prefirió irse a Pamplona. ¡Mira que era testarudo! ' . Al final se la quedó él, y desde entonces vive allí con su mujer, María Isabel, con la que lleva casado 54 años. Rodeado por el campo de golf de Hondarribia, el caserío, que tiene una historia de más de 300 años, se ha convertido en su pequeño museo.

La planta baja es una sala de exposiciones en la que están las piezas de madera, collages, dibujos y maquetas de trabajos realizados a lo largo de toda su vida.

¿Necesita este silencio para crear?

La ciudad te lo impone todo, los ruidos, la gente... Hay que saber vivir la vida en aldea pero sin dejar de estar integrado en la marcha del mundo.

Ha confesado que trabaja frenéticamente...

A mis 84 años tengo tantos proyectos en la cabeza que lo único que me da pena es no poder realizarlos todos. Apenas duermo cinco horas al día. Todavía tengo muchas cosas que hacer y que contar. ¿Retirarme? Reconozco que hay un cansancio, una edad, pero ni lo pienso. Mientras cree arte, seguiré siendo joven.

¿De dónde saca tanta energía?

Estoy atravesando una de las etapas de mi vida de mayor actividad creativa. Me interesa todo, la pintura, el cine, escribir... En estos momentos, estoy bombardeando Otxandio... Estoy pintando un cuadro que me ha encargado el Ayuntamiento sobre el bombardeo de esta localidad.

¿En blanco y negro como su 'Guernica'?

Entonces no quise introducir color porque no quise que nada distrajera su significado: que la muerte y la destrucción estallaron en un mismo y múltiple estruendo, bajo el cielo. Una gran parte de mi vida he sido muy severo para las formas y ahora estoy iniciándome en algunos colores impensables. Esa seriedad la he sustituido, por decir así, por una explosión

de libertad. Cuando enseño las obras a la gente que me conoce, me dicen que hay una gran diferencia con las anteriores. Y a mí eso me alegra.

Quizás es porque, como ha reconocido, ahora se siente más joven que nunca...

Puede que sea así. De todos modos, mi pintura siempre ha partido de impulsos, ideas y sensaciones. Cuando era joven me influyeron mucho los años tristes del exilio, la muerte de una hermana... Mi obra era más oscura. Posteriormente sentí que tenía una energía superior, me acerqué a los muralistas mexicanos como Diego Rivera. Luchaban por la recuperación del hombre libre frente a las dictaduras tremendas.

Ha contado en alguna ocasión que empezó a pintar muy tarde...

Tenía veintitantes años y vivía en Buenos Aires. Fue cuando me despacharon de Nestle, donde estuve empleado de dibujante de publicidad. Eso de entrar a las ocho de la mañana y empezar a funcionar no era lo mío. Al cuarto año consiguieron echarme a la calle. Un día la empresa me invitó a comer en un conocido restaurante de la calle Corrientes de Buenos Aires, con el resto de mis compañeros. Al postre me despidieron. Comencé a tener tiempo libre y empecé a pintar.

Y conoció a Jorge Oteiza.

Oteiza venía desde Colombia, ofrecía charlas en las diferentes ciudades en las que recalaba. Desde el primer momento nos hicimos amigos.

Llegaron incluso a vivir pared con pared en Irun...

Vivíamos al lado, yo con mi mujer María Isabel, y él con Itziar. Aunque muchas veces no era fácil vivir con él porque Jorge no era uno, ni dos. Dentro de él había, por lo menos, cuatro personas. Le he visto discutir con mucho fervor de una cosa y luego defender la contraria, desmontaba el argumento con la misma inteligencia. En él había un gran dominio del negro y el blanco. Se lo podía permitir porque era un genio, el único genio. En el fondo siempre tenía razón. Era único. Oteiza ha sido el mejor artista que ha dado el País Vasco. Para mí, fue un privilegio conocerlo.

Y allí se inició en la escultura.

Un día al dibujar, me di cuenta de que la línea rompe el plano y decidí hacer físicamente eso, cogí una hojalata y corté. Y ahí nació para mí la escultura. Jorge tenía 15 años más que yo y ya era Oteiza. A él le gustó.

¿La enemistad entre Chillida y Oteiza acabó con el grupo Gaur?

Así fue, el resto del grupo no tuvimos la habilidad de decirles que resolvieran entre ellos sus asuntos. Enseguida nos posicionamos. Ahora, con el tiempo, creo que no obramos bien, que teníamos que haber intervenido. Pasó un poco como con el PNV y EA. Si alguien los hubiera metido en una habitación y les hubiera dicho que hasta que no se arreglasen no salieran de ahí, el grupo podría haber hecho grandes cosas. Fue una pena.

¿Y aquel famoso abrazo entre Chillida y Oteiza?

No hubo tal abrazo, fue algo vergonzoso. Jorge decía que le habían engañado.

¿Cree que la obra de Oteiza está suficientemente valorada fuera de aquí?

No, la verdad es que creo que nunca se han preocupado mucho de ello. Lo de Chillida fue un caso diferente. Fue a París, allí conoció a Palazuelo, le introdujo en el mercado y con mucha paciencia, fue subiendo. Cuando volvió aquí ya era una figura.

¿Y la suya? ¿Está valorada?

No me puedo quejar. Tengo piezas en casi todos los museos. He sido y soy un escultor barato, tengo muchas esculturas en muchos sitios. Para un escultor tener obra en espacios públicos es muy importante. Los chavales crecen con ella y pertenecen al pueblo, a mí eso me agrada mucho.

Hace un tiempo comentó que el Guggenheim le había ofrecido hacer una retrospectiva...

Este tema está totalmente muerto, pero el Bellas Artes de Bilbao me va a dedicar próximamente una retrospectiva. Es el museo más importante con mucho.

¿Por eso le donó su serie 'Cosmogonía vasca'?

Es una de mis obras más personales. Como vasco me siento muy orgulloso de esta pinacoteca, en la que ya tengo obra. En ningún otro sitio dejaría más alegremente esta serie de 30 obras, en roble, que guardaba en mi caserío.

Estos días expone en el Museo de Euskal Herria su homenaje al 'Guernica' de Picasso. ¿Recuerda la primera vez que vio el cuadro?

Incluso recuerdo cómo nació el proyecto. Mi familia estaba exiliada en París. Un día fui con mi padre y con el presidente José Antonio Aguirre al Pabellón de la República creado para la Exposición Internacional de París de 1937 por el catalán Josep Lluis Sert. Tenía una pared destinada a un mural que todavía no se había ocupado, y entonces se produjo el bombardeo de Gernika. Los responsables del Gobierno hablaron con el lehendakari Aguirre, porque consideraron que ese espacio se debía dedicar al bombardeo, y entonces se pensó en Arteta.

¿Y Arteta lo rechazó?

Era consciente de que podía ser el encargo de su vida, pero se había comprometido con su mujer para marcharse al día siguiente a México, donde murió en 1940. Ucelay viajó a París y pensaron en Picasso.

¿Les costó mucho convencerle?

Era difícilísimo de ver, yo le llamaba el artista cebolla porque para hablar con él tenías que quitarle todas esas capas que tenía alrededor. No eran guardaespaldas, yo les llamaba guardatiempos. Pero, al final, consiguieron llegar a él y cuando le contaron lo que había pasado en Gernika, se conmovió mucho. Y ahí empezó todo.

¿Cree que alguna vez se podrá ver el cuadro en Euskadi?

Yo ya he perdido la esperanza. Estoy convencido de que Picasso se alegraría de verlo colgado en Gernika, pero fue una pena que en su momento el Gobierno vasco no se lo pidiera al artista malagueño. Un senador del PNV

me dijo que Picasso estaba decidido a entregarnos el cuadro si había una petición oficial porque los muertos eran vascos. El hecho de que José Antonio Aguirre no entendiese de arte abstracto le llevó a rechazarlo. ¡La manía de los políticos de resolver las cosas públicas según sus criterios...! Ahora no creo que nos lo devuelvan. Es la joya de la corona del Reina Sofía.

Después de Picasso, ¿no le dio un poco de miedo acometer su proyecto de homenaje a Gernika?

Decidí que tenía que hacer lo que me daba la gana, sin pensar que él hizo una cosa genial porque era un genio. Yo haría mi propio homenaje al bombardeo. Y estoy muy satisfecho con mis obras. Quería que no se perdiese aquel sufrimiento en el olvido.

Después de 50 años, ¿qué valoración hace de lo ocurrido en Arantzazu? ¿Ya ha hecho las paces con los frailes?

No quiero insistir sobre el atropello que en Arantzazu se cometió conmigo. Siempre han dicho que no habían mandado borrar los murales de la cripta que pinté hace años. Pero las que he hecho encima son muchísimos mejores. El otro día hasta les di las gracias. Tardé 27 años, pero yo dije que no iba a morirme sin pintar Arantzazu.

¿Le preocupa la situación política de Euskadi?

Claro que me preocupa. Yo soy nacionalista, siempre lo he declarado abiertamente. Amo profundamente este país. Pero tengo que reconocer que no tengo intuición política. Lo mío es la creación. el protagonista

Maite Redondo